



Crónica de Nueva York

Sorpresas para un europeo

María Victoria Armesto

Publicado en *La Voz de Galicia* el 22 de octubre de 1950

El dólar, la vida y el servicio doméstico

Nueva York.- OCTUBRE

El dolar no es profeta en su patria. Esta es la primera sorpresa que un europeo de hoy recibe al llegar a Nueva York. Como tantos otros personajes famosos, el dolar pierde importancia cuando se le trata de cerca. Yo siempre recuerdo el sentimiento de admiración que me embargaba cada vez que, en España, oía la fabulosa palabra: "dolar". Conocí en La Coruña a una gallega que tenia una sobrina en Nueva York. La sobrina le escribió que ganaba 50 dolares a la semana. La mujer me lo refería con los ojos brillantes de entusiasmo haciendo rechinar mis dientes de envidia.

Si 50 dólares por semana en Europa hacen brillar los ojos de entusiasmo y rechinar los dientes de envidia, en América apenas si dan para rociar con coca cola los "sandwichs" del mediodía, adquirir un trapito en "Macys" frecuentar los sábados un cine de la calle 42 y pagarse el viaje de ida y vuelta en el "subway". De hecho, con un dólar no se compra aquí mucho más que se compra con un duro en España. Es la propina normal para el camarero que le sirve a uno. Lo que cuesta la carrera de un taxi entre Madison Square Gardens y la estación de Pennsylvania. Es el precio de un pastel de manzana en "Lindys" y el de la entrada de un cine de barrio.

Un dólar por hora es lo que cuesta a usted la mujer que viene a limpiar el piso. Yo le pagué el otro día doce dólares, a una alemana, recién llegada a este país, por fregarme dos habitaciones. Si multiplica cada dólar por su cotización en la Bolsa, el resultado le dará idea de cuan baldío es el esfuerzo de los que preparan oposiciones en España.

Pero además de no ser profeta en su patria, el dólar es tan democrático como la misma América. Distingue poco entre la alemana, recién llegada en un cupo de inmigrantes, que desconoce todavía el idioma, y un profesor de Filosofía de la Universidad de Columbia. Uno puede tomar lecciones a domicilio por la misma tarifa que la de lavar platos.

Entre los pocos americanos que yo conozco, hay uno que trabajando de albañil, se pagó los estudios de Filología en la Universidad de Fordham.

A pesar de la preferencia que el dólar otorga al trabajo manual, los americanos están, como quizá ningunas otras gentes, dominados por el anhelo de evadirse de su servidumbre. La tarea mecánica en las grandes fábricas, donde el hombre mueve poderosas máquinas, todavía ejerce, es verdad, un sortilegio considerable sobre el americano. Pero según me cuentan cada vez es más difícil encontrar barrenderos, fontaneros o lavacoches. No hablemos ya de los oficios que exigen aprendizaje esmerado. La de los buenos carpinteros es aquí una especie extinguida. Por el solo hecho de ser un buen carpintero, un chico



de Oleiros ha conseguido un permiso para permanecer en Norteamérica y gana 20 dólares por día.

Este anhelo de liberación se muestra todavía más vigorosamente en relación con el servicio doméstico. Uno de los tipos mas popularizados por Hollywood es el de la domestica negra, gorda, bondadosa y jovial. Como tantos otros tipos creados por el cine americano, la sirvienta negra no existe mas que en las películas. Una de las cosas curiosas que uno descubre aquí, es el entusiasmo con que el negro ha abrazado los ideales americanos. El negro recorre las carreteras en los mismos polícromos automóviles que los demás ciudadanos de este país. Fuma los mismos opulentos cigarros y las negras se pintan las uñas de los pies con el mismo esmalte nacarado. Negras y negros sienten la misma aversión por el servicio doméstico.

Asalariado o propio, el trabajo del hogar es la cenicienta de Norteamérica y una buena esposa americana prefiere a fregar los platos o hacer las camas, darle a la máquina de escribir, despachar medias en la Quinta Avenida o empaquetar carne en un matadero de Chicago. El ama de casa que solicita criada ofreciendo 260 dólares al mes y el uso del abrigo de visón de la señora cada miércoles y sábados, puede encontrarse todos los días en los periódicos de Nueva York. Unos españoles me contaban, que tras incesantes anuncios pidiendo criada, por fin se presento en su casa una. Iba en Cadillac, miró el garaje y pregunto si cabían dos coches.

- No, solo cabe uno.

- ¿Sacaría usted el suyo para que metiera el mío?

Antes de que nuestro compatriota pudiera expresar su extrañeza, la pretendida mucama había saltado a su Cadillac y vuelto grupas, con el acelerador a todo gas.

María Victoria Armesto

NOTA.- Aunque casi no hace falta aclararlo María Victoria Armesto es nuestra distinguida colaboradora María Victoria Fernández España que desde ahora firmará con el apellido de su esposo el ilustre periodista Felipe Fernández Armesto (Augusto Assía).